

á escribir folletos, principalmente contra Tallien, Legendre y Fréron, los cuales, fastidiados de sus diatribas, le denunciaron como uno de los agitadores de las Secciones de París, que se rebelaron el 5 de Octubre de 1795 contra la Convencion, y de sus resultados fué proscrito MARCHENA. En 1797 tambien le persiguió el Directorio, en virtud de la nueva ley llamada de 21 Floreal, contra los extranjeros, y le llevaron de brigada en brigada hasta las fronteras de Suiza. Allí reclamó los auxilios de Madame de Staël, que le habia conocido en París; pero no quiso recibirle (1). Entonces acudió al Cuerpo Legislativo reclamando los derechos de ciudadano frances, que pretendia haber obtenido, y en efecto se le declaró tal, y pudo volver á Francia. Habia publicado muchos escritos poco piadosos, y cuando le agregaron á la Administracion de Contribuciones para el ejército del Rhin, dió á luz en Basilea, un folleto que dijo ser un fragmento de Petronio, pero que en realidad era todo invencion suya y de las más licenciosas. Volvió á París tan pobre como cuando habia salido, lo cual no dejó de admirar, sobre todo en aquel tiempo, en un Perceptor de contribuciones. Fué por algun tiempo secretario de Moreau, y tomó mucha parte en sus desgracias ocurridas en 1804. Desde entonces permaneció en París ocupándose en la literatura, y particularmente en traducciones, como la que hizo del inglés de la *Ojeada del doctor Clarke sobre los progresos del comercio y poblacion de Inglaterra*; la traduccion del *Tartufe*, de Molière; la del *Emilio*, de Rousseau, etc., etc. No volvió á España hasta que se restableció la Constitucion de Cádiz en 1820, y murió, como ya hemos dicho, poco tiempo despues (2).

ADICION A LAS ANTERIORES NOTICIAS.

Deseoso el Colector de adquirir pormenores auténticos de la vida del abate MARCHENA, escribió con este objeto, há muchos años, al señor don José de Lira, residente en París.

Este caballero pasó en Francia la mayor parte de su vida, y así por su respetable carácter, como por su ilustracion y por la circunstancia de haber vivido muchos años en trato íntimo con don Leandro Fernandez Moratin, el abate Melon, don Manuel Silvela y otras personas que conocieron muy de cerca á MARCHENA, se hallaba más que otro alguno en el caso de suministrar exactas noticias.

La contestacion del señor Lira contiene los rasgos principales del carácter histórico y literario del célebre escritor.

El tono íntimo y familiar en que está escrita, da á la carta un color especial de sinceridad y mayor realce á la fisonomía moral de MARCHENA.

« París, 27 de Octubre de 1859.

» EXCMO. D. SR. LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

» Mi apreciadísimo señor y amigo: Deseoso de complacer á usted, he ido á visitar al campo á un amigo mio, en cuya memoria confiaba yo mucho, por haber sido éste compañero del mismo MARCHENA en el Ministerio del Interior, desde la formacion de este Ministerio en el año 8 ó 9, hasta la retirada del año 13.

» Tal vez por la avanzada edad de mi amigo, sus recuerdos son aún más vagos y escasos que los míos, y no me queda más recurso que apelar á lo poco que me dicta mi ya fatigada memoria.

» He conocido á MARCHENA, pero no muy particularmente; sólo le he visto y oido hablar algunas veces en Madrid, en tiempo de José I, al cual sirvió, como queda indicado, esto es, en calidad de Oficial primero del mencionado Ministerio; y no me acuerdo haber leído de él sino algunas cosas sueltas; pero si conservo memoria de lo siguiente: Físicamente era chico, casi contrahecho y feo. Su conversacion era animada y graciosa, aunque mordaz en sumo grado, y habia recibido

(1) La ilustre escritora recibió á MARCHENA, pero en forma poco amistosa. (Nota del Colector.)

(2) Algunas de estas noticias de Miñano constan

en varios Diccionarios Biográficos, entre otros, la *Biographie universelle*, y la *Biographie moderne*; París, 1816.

tales dotes de la naturaleza, que habria dejado obras tan duraderas como nuestra lengua, si su juicio no hubiera estado en razon inversa de su muchísimo talento. Esta misma opinion tenian de él Silvela y Moratin.

» No ascendió en el Ministerio ni fuera de él, acaso por su genio malo y violento, y por su mordacidad, de la cual se cuentan cosas increíbles, así como tambien de sus pasmosas rarezas, entre las cuales se cita la de haber domesticado un jabalí, el cual dormia en su alcoba (1). A principios de la Revolucion francesa vino á París, no sé si forzosa ó voluntariamente, y tuvo relaciones más ó ménos íntimas con muchos personajes célebres de aquella época, inclusa Madame de Staël, pero muy particularmente con el convencional Brissot, de quien fué primero amigo y luego secretario, si no me engaña la memoria.

» Cuando en 1793 subió este último al cadalso, se vió nuestro héroe obligado á refugiarse en Suiza, y segun me refirió Moratin (habrá sus treinta y seis ó treinta y ocho años), era cosa de alquilar balcones para oírle contar lo mal que le recibió Madame de Staël en Coppet, en donde creia el pobre proscrito hallar asilo.

» Ha de haber en Madrid un drama suyo (2), tan atestado de galicismos, que era objeto de críticas muy severas de cuantos le habian leído ú oido. Digo oído, porque tengo idea de que ha sido representado. ¡ En la actualidad acaso sería un modelo de castizo lenguaje!!!

» De resultados del mal éxito del tal drama, se puso á estudiar la lengua exclusivamente en autores antiguos, por manera que en escritos posteriores cayó en el extremo opuesto.

» En su emigracion con José I tradujo para estos editores algunas obras francesas bastante mal; pero no se le puede juzgar por ellas, porque no le valian ni lo necesario para pan, que no tenía, y por consiguiente, le sucedia lo que sucede en tal caso á todo traductor, por más que haya estudiado y comparado las dos lenguas.

» En Madrid han de tener ustedes lo poco que ha escrito en España, y en particular sus traducciones de Molière, en las cuales, segun se repetia en aquel tiempo, pululan los arcaísmos.

» Es cuanto puedo decir acerca de nuestro personaje, republicano en Francia y Josefino en España.

» Sabe usted, señor de Cueto, cuanto le quiere y estima, etc.

» JOSÉ DE LIRA.»

(1) La criada de MARCHENA dejó un día abierta, por descuido, la puerta principal. El jabalí escapó por la escalera, cayó, y se perniquebró. Profundo pesar causó el lance á MARCHENA. Pero se decidió al cabo á matar al jabalí, y á ofrecer su carne á varios amigos en un banquete. A los postres leyó MARCHENA una elegía que habia compuesto en loor del animal querido.

Como extravagancia capital, y como testimonio del loco alarde que de su incredulidad hizo MAR-

CHENA algunas veces en París, merece citarse el siguiente letrero que colocó sobre su puerta: *Aquí se enseña por principios el ateísmo.*

Várias personas nos han referido estos hechos, especialmente el distinguido escritor y bibliógrafo don Serafin Estébanez Calderon, que conocia perfectamente las circunstancias principales de la vida de MARCHENA. (Nota del Colector.)

(2) Tal vez se refiera el señor Lira á la tragedia *Polixena*. (Id.)

POESÍAS.

A CRISTO CRUCIFICADO.

ODA.

Canto el Verbo divino,
No cuando inmenso en piélago de gloria
Mas allá de mil mundos resplandece,
Y los celestes coros de continuo
Dios le aclaman, y el Padre se embebece
En la perfecta forma no criada;
Ni cuando de victoria
La cien ceñida, el rayo fulminaba,
Y de Luzbel la altiva frente hollaba,
Lanzando al hondo infierno,

Entre humo pestilente y fuego eterno,
La hueste contra el padre levantada.
No le canto tremendo,
En nube envuelto horrisono-tonante,
Severas leyes á Israel dictando,
Del Faraon el pecho endureciendo,
Sus fuertes en las olas sepultando,
Que en los abismos de la mar se hundieron;
Porque en brazo pujante
Tú, Señor, los tocaste, y al momento,
Qual humo que disipa el rauda viento,
No fueron: la mar vino
Y los tragó en inmenso remolino,
Y Amon y Canaan se estremecieron,

Ni en el postrero día,
Acrisolando el orbe con su fuego,
Le cantaré, su soplo penetrando
Los vastos reinos de la muerte fría,
Que arrancarse su presa ve bramando.
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,
Al voraz tiempo luégo
La eternidad en sus abismos sume,
Y lo que es, fué y será, todo consume;
Empero eterno vive
El malo, eterna pena le recibe,
Los justos gloria eterna se merecen.
Señor, cantarte quiero
Por los humanos en la cruz clavado,
El almo cielo uniendo al bajo mundo.
Libre ya el hombre, y el tirano fero
Por siempre encadenado en el profundo
Infierno con coyundas de diamante;
Do el pendon del pecado
Tremolaba, brillando la cruz santa;
Tu cruz, que al rey del hondo abismo espanta,
Cuando al oscuro imperio
Descendiste del duro cautiverio
Tus escogidos á librar triunfante,
¿Qué es de tu antigua gloria,
Fiero enemigo del mortal linaje?
¿Dó los blasones que te envanecian,
Dó está de Adán la culpa y su memoria,
Dó los que rey del siglo te decian?
¿Cómo el hijo del hombre tu cabeza
Quebrantó con ultraje!
Tú, que en tu fuerza ufano te gozabas
Tú, que la erguida frente levantabas
Más que de Horeb la cumbre,
¿Oh coloso de inmensa pesadumbre!
Yaces, postrada al suelo ya tu alteza,
Del oriente al ocaso
En alas de mil ángeles pasea
Tu vencedora cruz, Verbo divino;
Ni es de hoy más Israel único vaso
De eleccion, que al altísimo destino
De hijos de Dios nos elevó tu muerte:
Con tu sangre la fea
Mancilla de la culpa en nos lavaste,
Y cual los querubines nos tornaste.
¿Oh, gloria sin segundo
Al Redentor, al Salvador del mundo,
Por quien nos cabe tan felice suerte!
Ya miro el venturoso
Día que tu cruz santa el orbe hermana
Con vínculo de amor indisoluble:
Plácida caridad, almo reposo
Y paz perpétua reinan; la voluble
Fraude tragó el infierno en su honda sima;
La libertad cristiana
Para siempre ahuyentó la tiranía,
Y los tiranos bajo quien gemia,
Triste el linaje humano
Derrueca el Cristo con potente mano,
Que no quiere que al hombre el hombre oprima.
Si, que nuestra ley santa
Es ley de libertad, y los tiranos
En balde se coligan contra el Verbo;
El los quebrantará con fuerza tanta,
Cual leon que destroza el flaco ciervo,
Cual rompe el barro frágil metal duro:
Iguales los cristianos
Y libres vivirán siempre sin sustos,
El Cristo reinará sobre sus justos;
El orbe renovado,
De la Sion celeste fiel traslado
Será, Señor, bajo tu cetro puro.
¿Cuál mi inflamado pecho
Ansia por ver tu gloria, y las venturas
Del linaje humanal que redimiste!
Ya de la edad presente el coto estrecho
Traspaso, y veo volar la serie triste
De los males del tiempo venidero,
Y las culpas futuras;
Mas tu gracia, Señor omnipotente,
Desciende, en fin, y tórnase inocente
El mundo iluminado

Con tu ley, y en tu amor santificado,
Y despojado del Adán primero.

EPÍSTOLA Á DON JOSÉ LANZ.

SOBRE LA LIBERTAD POLÍTICA.

¡Oh dulce Lanz! mi juventud lozana
Ya para siempre huyó, cual agostada
Rosa que brilla sólo una mañana.
Cerca está ya de mi la fatigada
Corva vejez, de muerte precursora,
De achaques y quebrantos rodeada.
¿Dó estas, ¡oh juventud! ¿Dónde está agora
De aquel semblante mio la frescura?
¿Donde del claro Tórnese la pastora,
Que del cáliz de amor ¡ay! la dulzura
Me dió á gustar? Mi luz es eclipsada,
Ya sepultado yago en noche oscura.
Pronto la férrea Parca no aplacada
Irresistible va á precipitarme
En el voraz abismo de la nada.
Dulce esperanza, ¡oh! ven á consolarme.
¿Quién sabe si es la muerte mejor vida?
¿Quien me dió el sér, ¿no puede conservarme
Mas allá de la tumba? ¿Está ceñida
A este bajo planeta su potencia?
¿El inmenso poder hay quien le mida?
¿Qué es el alma? ¿Conozco yo su esencia?
Yo existo. ¿Dónde iré? ¿De dó he venido?
¿Por qué el crimen repugna á mi conciencia?
Si de toda moral la norma ha sido
Nuestro propio interes, ¿por qué en la historia
Siempre el perverso vive aborrecido?
¿Me es de Neron odiosa la memoria,
Porque temo morir de sus crueldades
Víctima? ¿Qué interes tengo en la gloria
De Focion? ¿Qué me importan las maldades
Del infame Tiberio? ¿De Trajano,
Qué bien hacerme pueden las bondades?
No calumniemos el linaje humano:
El malo á las ideas generosas
Un vil origen atribuye en vano.
No, Lanz, de las acciones virtuosas
Estímulo es la noble simpatía,
El egoismo vil de las viciosas.
De Helvecio errada la filosofía
Convence en esta parte la conciencia,
Que es de nuestra razon la mejor guía.
Vano fuera alegarnos la experiencia,
Que sólo enseñar puede lo que ha sido;
Quien lo que debe ser dice, es la ciencia.
Tiranos é impostores se han unido
Para ahogar la virtud, y yo me admiro
Que sus esfuerzos más no hayan podido.
En todas partes la violencia miro
En el trono sentada, y exhalando
La libertad el último suspiro;
Del despotismo el horroroso bando,
La vil supersticion, la intolerancia
La sanguinosa espada blandiendo;
La feroz anarquía que la Francia
Corre y tala y asuela; cual abrasa
Celeste rayo la suntuosa estancia
De reyes, junto con la humilde casa
Del pobre labrador, y vuela ardiente,
Consumiéndolo todo por do pasa.
¿Qué haces, dó te despeñas, imprudente
Pueblo! ¿La libertad sin moral quieres?
¿Qué dios te sopla ese furor demente?
¿Piensas, atropellando tus deberes,
Que más sean tus derechos respetados?
¿De cuán fatal error víctima eres!
Así es: los pueblos desmoralizados
Hoy sus cadenas rompen, y otro día
Se forjan grillos mucho más pesados.
De la ignorancia siempre la anarquía
Ha sido inseparable compañera,
Como la libertad lo es de Sofía;
Mas todos los delitos que esta fiera
Comete, culpa son del despotismo,

En cuyo horrible seno ella naciera.
Así en Milton los monstruos del abismo
Devoran con rabioso ávido diente
De quien les diera el sér el seno mismo.
¡Ah! sepamos templar hasta la ardiente
Ansia del bien: el hombre es perfectible;
Pero se perfecciona lentamente.
¿El efecto fatal de la terrible
Revolucion francesa cuál ha sido?
La guerra general, un lujo horrible,
El orbe por dos pueblos oprimido,
Repúblicas y reinos devorados,
De Europa el equilibrio destruido,
De la filosofía los sagrados
Principios por la chusma de escritores
Con descaero increíble calumniados;
De cuanto del delirio en los furoros
Un populacho vil ejecutará,
Culpados los más célebres autores.
El amor del trabajo, do cifrará
Sus virtudes la clase laboriosa,
Ora la sed del mando reemplazará.
Donde los proletarios su horrorosa
Dominacion ejercen, ¿la anarquía
Qué vínculo social disolver no osa?
En el abismo de la tiranía
Al pueblo precipita la licencia,
Que por sus falsas máximas se guía.
Así el Vesubio lanza con violencia
De sus entrañas rocas inflamadas,
De la atraccion venciendo la potencia.
Mas luégo por su peso arrebatadas
Caen, y abrasan los campos convecinos,
Y sepultan ciudades desoladas.
Tal un pueblo empeora sus destinos
Cuando se entrega á locas sugestiones
De demagogos, de alentar indinos.
Con las horribles exageraciones
De la revolucion, el despotismo
Perpétuamente asusta á las naciones;
Como si el más absurdo fanatismo
De un vulgo vil fuese razon bastante
Para que en un profundo parasismo
Los pueblos se aletarguen, y triunfante
De los esfuerzos de animosos pechos,
La soberbia opresion vaya arrogante.
El hombre jamas pierde sus derechos;
Cobrar la libertad es siempre justo;
Rompamos nuestros grillos, que deshechos
Al suelo caigan, y que pongan susto,
Cayendo, á los tiranos macilentos
Que nos oprimen con su cetro injusto.
Sofisma es confundir con los violentos
Furores de la plebe arrebatada
De una nacion los grandes movimientos.
Cuando la propiedad es respetada,
Cuando la humanidad al pueblo guía,
Cuando toda opinion es tolerada,
¿Puede nacer acaso la anarquía
De una revolucion sólo funesta
A los fautores de la tiranía?
Nueva lógica, amado Lanz, es ésta,
Olvidar la violencia perdurable
Del déspota, y la furia descompuesta
Alegar de la plebe, cuya instable
Cólera se apacigua en un momento,
Como las olas de la mar, mudable.
Mas de tres siglos hace que el sangriento
Infame tribunal del Santo Oficio
A España oprime con furor violento;
Y dos años no más el ejercicio
Fatal de la anarquía duró en Francia.
¿Cuál causa de los dos más perjuicio?
La riqueza, el comercio, la abundancia,
¿De cuál de los dos pueblos han huido?
¿Dó está el saber, y dónde la ignorancia?
Tal la revolucion francesa ha sido
Cual tormenta que inunda las campañas,
Los frutos arrastrando del ejido;
Empero el despotismo las entrañas
Deseca de la tierra donde habita,
Cual el volcan que vive en las montañas,

Y con perpétuo movimiento agita
El suelo que su lava esteriliza,
Y cuanto más destruye más se irrita.
La esclavitud es quien desmoraliza
Los pueblos, quien sofoca los talentos,
Y quien toda virtud inutiliza.
Ni tampoco están libres de violentos
Vaivenes las naciones más esclavas,
Y de internos terribles movimientos.
Cual mugen del Océano las bravas
Olas, cuando la tierra se estremece
Y la mar rompe sus cerradas trabas,
Un pueblo esclavo, cuando se embravece,
Con sus cadenas se arma, y desbocado,
Ningun delito en su furor le empece.
Contemplemos el suelo malhadado
De la Persia infeliz, de la Turquía,
Por un dueño absoluto dominado.
Las discordias civiles, la anarquía
Son siempre inseparables compañeras
Del despotismo y de la tiranía;
Y de consumo las monstruosas fieras
Sangre beben, de sangre se alimentan,
Y las naciones devorando enteras,
Siempre con llanto y sangre se sustentan.

Á LICÓRIS.

ELEGÍA.

Del airado Mavorte la crueza
¡Oh! no cantes, mi lira, ni la insana
Sed de sangre, el furor y la fiereza;
Mas di de Vénus, reina soberana
De Páfos, el poder, di los amores
Y de las gracias la belleza humana.
Canta del dios vendado los loores,
De Cupido certero las doradas
Flechas, su blanda risa y sus favores.
Deja, Cupido santo, las preciadas
Aras de Chipre, y en tu fuego ardiente
Enciende mis entrañas frias y heladas.
¡Oh mil veces fatal ruego, imprudente
Súplica, por mi mal bien acogida!
¡Oh condicion de amor cruda, inclemente!
Baja de Olimpo el pérfido, y fingida
Piedad muestra en su rostro, y apostura
Dulce el falso, y sonrisa fementida.
«Del Bétis á la orilla una hermosura
(Amarla es tu destino eternamente)
Te ofrezco; parte, corre á tu ventura.»
Dijo, y voló: yo loco encontré
El Manzanáres dejo, y desalado,
Al Bétis corro con anhelo ardiente.
Ya no hay más libertad, ¡ay! ya aherrojado
Licóris en durísimas prisiones
Me tiene, al duro remo ¡ay! amarrado.
Yo triste los pesados eslabones
Arrastro, mientras que tormenta horrible
Levantán en mi pecho las pasiones.
Amor en fuego ardiente, inextinguible
Me abrasa sin cesar, jamas la hoguera
Aparta, que esquivar me es imposible;
Que el crüel me persigue por do quiera,
Cual sierva, á quien letal punta acerada
El costado rompió con llaga fiera,
Que el monte, el liano corre la cuitada,
El doliente bramido al cielo alzando,
Del rabioso dolor siempre aquejada:
Así mi cruda pena va aumentando
La aguda flecha con que amor me ha herido,
Siempre el enfermo pecho lastimando.
La imagen de Licóris, el bruñido
Cabello de azabache, la alta frente,
El sonrosado labio, el cuello erguido,
Y el hablar y el reir suavemente,
Amor grabó con punta de diamante
En el mezquino corazón doliente.
Mora Licóris en mi pecho amante,
Licóris mora en él: vos, amadores,
De Gnido desertad la ara humeante.

Ved cuál la abandonaron los amores,
Y á Licóris festivos rodeando,
De guirnalda la ciñen de mil flores.
El sangriento Cupido está aguzando
La inevitable flecha, y falsa risa
Va por sus labios pèrfidos vagando.
¿Quién de mi dulce bien vió la sonrisa,
Y cantar pudo la ambición, la guerra,
Que los tronos trastorna, rompe y pisa?
Obra de un Dios maligno es nuestra tierra;
El duelo la pasea de continuo,
Que todo bien léjos de sí destierra;
Y cuando el placer muestra su divino
Rostro, nosotros, necios, le esquivamos,
¡ Oh del error efecto el más indino!
Que la flor de la vida así pasamos;
La vejez nos señala el tenebroso
Atand que en vano tristes evitamos.
Gusta, Licóris mía, el delicioso
Néctar de amor, agora que te es dado
Del tiempo, del placer nuestro envidioso,
Y nunca sin desdicha despreciado.

APÓSTROFE Á LA LIBERTAD.

¡ Oh lauro inmarcesible, oh glorioso
Hado de nación libre, quien te alcanza
Llamarse con verdad puede dichoso!
¡ Libertad, libertad! tú la esperanza
Eres de cuanto espíritu brioso
El despotismo en sus mazmorras lanza.
Los pueblos que benéfica visitas,
A vida nueva al punto resucitas.
El pueblo de Minerva, el de Quirino,
Si la historia pregona sus loores,
Y si con esplendor lucen divino,
Del tiempo y del olvido vencedores,
A la libertad deben su destino.
La libertad regó las bellas flores
Que la sien de Fabricio y Decio ornaron,
Y á Focion y á Aristides coronaron.
A Jefferson y á Washington inflamas
En tu sagrado amor, y otro hemisferio
Consumo luégo entre voraces llamas
Los monumentos de su cautiverio.
Tu santo ardor por la nación derramas,
Y de las leyes fundas el imperio,
Siempre absoluto, porque siempre justo,
Que la igualdad social mantiene augusto.

DE LA INQUISICION (1).

La horrible Inquisicion, ese coloso
Que del cieno nació de Flegetonte,
Y mamó de Megera el ponzoñoso
Jugo, y bebió el azufre de Aqueronte,
Aun agita sus teas horrosos,
Y entre ruinas descuella, cual el monte
De Olimpo en Grecia misera desierta
Su frente esconde entre las nubes yerta.

Á LA TRADUCCION DE LA TRAGEDIA DE VOLTAIRE «LA MORT DE CÉSAR», POR URQUIJO.

EPIGRAMA.

Ayer en una fonda disputaban,
De la chusma que dramas escribía,
Cuál de entre todos el peor sería:
Unos Moncin, Comella otros gritaban.
El más malo de todos, uno dijo,
Es Voltaire traducido por Urquijo.

SOBRE EL AMOR (2).

En los amenos campos, entre flores,
Entre el galán novillo y el ligero
Potro, nació también el dios de amores,

(1) Esta octava y las dos anteriores son muestras de un poema heroico de MARCHENA, titulado *La Patria á Ballesteros*.

(2) Traducción de un trozo de la elegía 1.^a, lib. II, de Tibulo.

Aquí se ejerció también el fiero
En lanzar el arpon ¡ay! rudamente,
Tan penetrable agora y tan certero.
No ya el ganado, la doncella siente
La cruda herida, y doma el inhumano
La condicion del jóven más valiente.
El oro desperdicia el mozo insano
Por él; de su ingratisima, aterido,
Ronda las puertas el cascado anciano;
Y la doncella tierna sin ruido
Las plantas mueve, y frustra la cuidosa
Madre que vela con atento oído.
Palpando por la estancia tenebrosa
Camina á do la atiende el fiel amante,
Y descansa en sus brazos amorosa.
¡ Infeliz el que flecha penetrante
Hirió de amor, y bienaventurado
El que le vió este dios de buen talante!
Ven también á la fiesta, dios vendado,
Mas léjos de nosotros ten tu ardiente
Saeta, ten léjos el arpon alado.
Cantad al dios de amor: abiertamente
Le invoque cada uno á la majada,
Y á su pecho le llame ocultamente,
O á voces el que quiera: ¡ ya enredada
No veis la turba en juegos amorosos,
Y la danza lasciva comenzada?
Jugad; que los caballos tenebrosos
Unce la noche, el escudaron lucido
De los astros la siguen silenciosos.
En pos viene el Morfeo adormecido,
Que las alas batiendo tardamente,
Espira sueño, y deja en el sumido
Al hombre y la alimaña juntamente.

ELOISA Á ABELARDO (3).

En este silencioso y triste albergue,
De la inocencia venerable asilo,
Donde reina la paz sincera y justa

(3) Esta epístola no es original de MARCHENA. Es una paráfrasis de la *Epître de Héloïse à Abelard* que Colardeau había traducido, no menos libremente, de la celebrada obra de Pope. El original inglés dista bastante de ser una obra sublime, como se proclamó en su tiempo. Es una bellísima composición, llena de primores retóricos, de ingeniosos artificios, de perfecciones académicas, que expresa admirablemente el *sentimentalismo* literario que estaba en auge en aquella era. Pope desplegó en ella todas las galas de estilo y de concepto de que era capaz su pluma ejercitada y seductora. Pero le faltan las tres circunstancias que más podían avalorar una obra de semejante índole: verdad, sencillez, emoción. En las verdaderas cartas de Eloïsa, publicadas en Francia, no campea por cierto la civilización de Pope; pero en aquel latín bárbaro hay frases que han brotado del corazón. El alma se presenta desnuda, porque la pasión la devora, y la religión impone á la mujer, como á víctima de sus pecados, el sacrificio de una confesion absoluta sin miramiento alguno terrenal. La Eloïsa de Pope *siente pensando*; esto es, siente poco. Está á mil leguas del siglo XII. Es una *lady* de la época moderna, una inglesa soñadora y disertada, que se paga demasiado de las descripciones poéticas y de las cavilaciones ideológicas, y se complace vanidosamente en ostentar ingenio. Ni en gusto, ni en arte, ni en estro, estaban Colardeau y Marchena á la altura de Pope. Colardeau amplifica en los pasajes más importantes del asunto, y no comprende la sobriedad y la delicadeza en que es el poeta inglés consumado maestro. Marchena no es más pulcro que Colardeau; pero es menos afectado, y tiene el buen gusto de evitar que Eloïsa se llame *Vestal* á sí propia, como ridículamente lo hace en las obras de Pope y Colardeau. Todas las expresiones felices, como aquella *tes larmes son mias* (tears are mine), son de Pope. En la forma, como en los pensamientos, respaldado siempre la superioridad del poeta inglés, creador de esta famosa heroida. Véase un ejemplo, tomado al azar:

Thy image steals between my God and me,
Thy voice I seem in ev'ry hymn to he r,
With ev'ry bead I drop too soft a tear.
When from the censor clouds of fragrance roll,
And swelling organs lift the rising soul,
One thought of thee puts all the pomp to flight,
Priest, taper, temple, swim before my sight.....
(Pope.)

Dans nos cantiques saints c'est ta voix que j'entends.
Quand sur le feu sacré ma main jette l'encens,
Lorsque de ses parfums s'élève le nuage,
À travers sa vapeur je crois voir ton image:
Vers ce phantôme aimé mes bras sont étendus;
Tous me vœux sont distraits, égarés et perdus.

En sosegado y plácido retiro,
Y la virtud austera y penitente
Sujeta á la razón el albedrío,
¡ Qué tempestad, qué horror tan impensado
Vuelve á turbar el corazón tranquilo
De esta débil mujer? ¡ Qué nueva llama
Se aviva en lo interior del pecho mio?
¡ Quién renueva mi ardor mal apagado?
¡ Amor, cruel amor! ¡ Tu fuego antiguo
Empieza á renacer en mis entrañas
Después de tantos años? ¡ Qué delirio!
¡ Infeliz Eloïsa, ya pensabas
Haber de amor la llama sacudido,
Y aún amas, y conservas encubierto
De engañosa ceniza un fuego vivo!
¡ Oh Abelardo! ¡ Oh placer! ¡ Oh dulce nombre!
Estos rasgos de mi tan conocidos,
Esta carta, estos tristes caracteres
Por tan preciosa mano dirigidos,
Cien veces los he visto, y otras tantas
A mi amorosa boca los aplico;
Si, Abelardo, cien veces y otras tantas.
¡ Oh Abelardo, mi bien!.... Pero ¡ qué digo!
Y en esta soledad tan tierno nombre
Me atrevo á pronunciar, y aún á escribirlo?
Perdona, Dios benigno; á tus altares,
Inmenso Dios, me postro y sacrifico.
Tu ley, tu ley terrible me prohíbe
Escribir al esposo más querido.
Ya Eloïsa obedece tu mandato.....
¡ Mas cuán en vano á resistir me animo!
Si el corazón me dicta las palabras,
¿ Cómo podrá la pluma resistirlo?
¡ Oh triste soledad! ¡ Oh horror! ¡ Oh claustros!
¡ Prisiones infelices del destino!
Mármoles insensibles, piedras duras,
Que no logra ablandar el dolor mio;
Yertas cenizas, cuyas sombras frías
Aplacamos con flores y con himnos;
¡ Quién fuera cual vosotras insensible!
En vano desde el trono del Empireo
Me llama todo un Dios; mi pecho cede
De la naturaleza al yugo indigno;
En vano invoco al cielo en mi socorro.
La oración, las plegarias, los silicios.
Mi llanto y confusión no son bastantes
Para apagar la llama que respiro.
Apénas vieron mis turbados ojos
La carta que escribistes á tu amigo,
En aquel mismo instante ¡ oh Abelardo!
Se renovó el dolor de mi martirio;
Acá á mis solas te contemplo y veo,
Y á veces me parece que te miro
Con placer y halagüeño rostro,
La sien orlada de amoroso mirto,
Gustoso y satisfecho entre mis brazos,
Rindiendo al dios de amor tus sacrificios.
Otras te miro solitario y triste,
Cubierto de cadenas y cilicios,
Pálida la color, el rostro hermoso
Con ayunos y lágrimas marchito,
En la quietud del ignorado claustro,
Buscando en los altares dulce arrimo.
Allí la santa religión, opuesta
A nuestro amor, intenta desunirlo;
Y cortando cruel con dura mano

Le temple orné de fleurs, nos fêtes et leur pompe,
Tout ce culte imposant n'a plus rien qui me trompe.....
Etc. (Colardeau.)

Cuando se entonan los sagrados himnos
Ante el augusto altar del Dios supremo,
Solo tu voz resuena en mis oídos.....
Etc. (Marchena.)

En la iniciativa del pensamiento, en la vigorosa concisión de la frase y hasta en la naturalidad de la expresión, la ventaja es siempre del poeta británico.

Don Juan María Maury rindió tributo á la moda de las *heroidas*, que pasó como pasa todo cuanto es falso y afectado, haciendo también una traducción (en octavas) de la obra de Pope. Esta traducción es más literaria que la de MARCHENA, pero más fría. MARCHENA, en medio de su desalifo, deja ver en el estilo de algunos pasajes, que tenía un alma apasionada. (Nota del Colector.)

Lazos con tanto amor y tiempo unidos,
Quiere hacer de Abelardo y Eloïsa
Dos seres olvidados de sí mismos.

¿ Y podrémos, podrémos sin desdoro
Menospreciar lo mismo que quisimos,
Abandonar la fe, el amor, la gloria
Y el bien con tantas penas adquirido?
No, Abelardo, no puede tu Eloïsa
Vivir indiferente á su destino.
Escribeme, formemos otros lazos:
Yo lloraré tus males, tú los míos.
El eco, acostumbrado tantas veces
A oír lamentos de amadores finos,
Repetirá tus quejas y las mías.
¿ Podrán quitarnos nuestros enemigos
Hasta el consuelo, acaso, de querernos?
¿ Cómo podrán privarnos de este alivio?
Mis lágrimas son mías libremente,
Y regarán sin tregua el suelo frío.
Mas ¡ ah! que tú, Abelardo, tú me dices
Que el llanto en que me anego y aniquilo
Tan solamente se le debe al cielo,
Al cielo, que tenemos ofendido.
Pero ¡ qué en vano intentas persuadirme!
Todo al perderte lo perdí contigo.
Al contemplar que para mí no vives,
Que no te he de ver más, que te he perdido,
A tí solo mis lágrimas se deben,
Por tí yo peno y lloro de continuo.
Hazme saber tus males y tus bienes,
Escribeme, Abelardo, yo lo pido.

El arte de escribir, don de los cielos,
El arte encantador y seductivo
De oír, de hablar y de tratar sin verse,
Un comercio tan dulce y tan activo,
Sin duda fué invencion de dos amantes;
El puede hacer pasar un fiel suspiro
Del frío Bóreas al opuesto Antártos.
¡ Qué bien que expresa un ánimo encendido,
En la agitada pluma de un amante,
La sincera elocuencia del cariño!
Allí sin el rubor que turba el alma,
Ostenta amor su plácido dominio,
Y vierte sin rodeos ni apariencias
Su ardiente llama el corazón sencillo.
Nuestra union fué legítima y sincera,
Los hombres la acusaron de delito,
¡ Y el cielo, el mismo cielo nos acusa!
Cuando se unió tu corazón al mio,
Cuando tú me ofrecistes, con el nombre
Sagrado de amistad, el amor mismo,
Me pareció que tus hermosos ojos
Daban un resplendor puro y divino.
Turbada con tu vista, anonadada
En el gustoso error de mis sentidos,
Yo misma me buscaba los engaños
Y preparaba á mi prision los grillos.
Te tuve por mi dios, yo lo confieso,
No tuve más querer, más albedrío
Que el mover de tus labios amorosos.
Tú me pintabas el amor benigno,
Afable, bienhechor, tierno y humano.
Con esto de tus labios á los míos
La dulce persuasion se introducía,
Y el hechicero ardor de tu atractivo.
Eloïsa te amó: siguió en tu busca
Los pasos del placer no permitidos,
Sin tener de su Dios en aquel tiempo
Sino la sombra de un recuerdo frío.
Todo te lo cedí: mi honor, mi gloria
Te rendí muy gustosa en sacrificio;
Mi bien, mi gusto lo encontré en tí solo;
Tú fuiste mi querer, tú mi destino,
Mi anhelo, mi placer, mi alma, mi todo:
Todo, Abelardo, lo encontré contigo.
Cuando, tu mano asida de la mía,
Quisiste unir nuestros afectos finos
Con el terrible lazo de himeneo,
Mi amor, mi mismo amor lo contradijo.
¿ Qué intentas, te decía, loco amante?
Abelardo, el amor no es un delito;
¿ Por qué pretendes, pues, esclavizarlo